

El verde de las colinas era insultante. Desde mi atalaya se observaba la niebla que, todavía a estas horas de la mañana, cubría el valle. Unos cien metros a mi derecha se situaban las pequeñas casas empedradas del pueblo. Miré hacia la cima y comprobé que el vaquero se había sentado, como parecía ser su costumbre, sobre la majestuosa piedra que descansaba unos metros más arriba de la posición en la que me encontraba. Su forma, aplanada por su parte superior, invitaba a dejarse caer sobre ella. Unas diez vacas vagaban alrededor del anciano, dando buena cuenta del abundante pasto. Sentí la tentación, como me ocurría desde el sábado, de dirigirme hacia él y entablar conversación y, de nuevo, me contuve.

Llegué el viernes noche a este recóndito rincón de la geografía castellana. Deseaba pasar unos semanas lejos del “mundanal ruido”, en un intento de reencontrarme y espantar las angustias que me acosaban en los últimos tiempos. No había explicación racional para mis miedos, pero ahí estaban, impidiendo que pudiera llevar, cuanto menos, una vida normal. Me esperaba la vieja casa de mis padres, con sus desvencijados muebles y el umbrío patio donde la higuera, mustia, reclamaba un poco de compañía. Las primeras horas me invadió una profunda sensación de desamparo. Mis recuerdos infantiles en aquella estancia me asaltaron súbitamente, y eché en falta a mis padres, ya fallecidos. Sentí su presencia trajinando entre aquellos muros. En el pueblo, otrora lleno de vida, sólo quedaban unos pocos vecinos, la mayoría, mayores. Hacía muchos años que no venía y el silencio, que inundaba las estrechas y empinadas calles, me sorprendió.

El viejo me hacía indicaciones con la mano para que me acercara hacia donde él estaba. Así lo hice. Tenía más edad de lo que pensaba a tenor de la maraña de arrugas que surcaban su rostro. Los días previos lo había visto moverse con agilidad entre las vacas.

—¿Quiere Usted beber un trago? —preguntó ofreciéndome la bota.

—Gracias —balbuceé mientras pensaba que no sabía beber.

Levanté la bota y algo de vino se derramó. Sonrió pero no dijo nada. Luego me ofreció pan con chorizo que tampoco rechacé.

—Viene Usted todos los días, ¿verdad? —inquirí, aunque conocía de sobra la respuesta.

—Claro. Hay que sacar a las vacas. Ellas nos ayudan a sobrevivir porque la pensión no da para mucho.

—Supongo que ha vivido siempre en el pueblo.

—Casi. Trabajé tres años en Alemania. Luego volví y ya siempre pastoreando con cabras, ovejas, vacas, lo que saliera, pero siempre por la zona.

—Entonces... ¿se ha dedicado siempre al pastoreo? —me atreví a preguntar.

—¡Hombre! Alguna otra cosilla ha salido pero, principalmente, esto. Es un trabajo como otro cualquiera. Te permite apreciar lo hermosa que es la naturaleza —afirmó mientras señalaba el paisaje.

—¿Y cómo lleva estar siempre sólo?

—¿No será Usted periodista? —preguntó mientras encogía unos ojillos azules.

—¡No! He venido a descansar unos días en la casa de mis padres. Está en la calle de la iglesia.

—Pues ya se habrá dado cuenta que no hay mucho entretenimiento. Sólo quedamos cuatro pelagatos con más años que Matusalén. Verá... aquí estamos tranquilos y en paz, disfrutando cada día de lo que tenemos. Yo sé que no es mucho, pero a nosotros nos basta. Sólo rogamos por nuestra salud —sentenció—. No me siento sólo cuando estoy con los animales —prosiguió—. Tengo tiempo para reflexionar, observar, soñar... Mi mujer murió y sólo me queda un hijo, más o menos de su edad. Vive en la capital y alguna vez se deja caer por aquí. Está casado y con hijos, pero creo que no les gusta mucho venir.

Su rostro se ensombreció. Supongo que le afectaba la falta de interés que detectaba en sus allegados. Estuvimos sin decir palabra algunos minutos. Me miró fijamente, escrutándome, para aseverar:

—Mucha gente está trastornada porque no para de azuzar sus demonios. Anda a la búsqueda de algo que nunca llegará y eso provoca que se sientan mal. Las cosas son simples y las personas, en muchas ocasiones, las complicamos. Mi hijo y su mujer tienen buenos sueldos, pero están todo el día corriendo. A sus hijos los ven poco porque cuando no están en el colegio, están aprendiendo inglés o haciendo no sé cuantas cosas más. Cuando los llamo por teléfono siento que están deseando terminar la conversación. ¿De qué sirve ganar mucho dinero si no se puede disfrutar de lo más elemental? Su mirada se perdió en el infinito. Cuando volvió a la realidad me espetó:

—Me da la impresión que Usted ha venido buscando algo.

Esbocé una sonrisa y giré la cabeza buscando en los campos un asidero para que el hombre no percibiera mi turbación.

—Tiene Usted razón. Últimamente, no estoy bien. No encuentro sentido a lo que hago.

No comenté nada más porque no quería abrumar al viejo con mis problemas. El asintió con la cabeza. Seguramente comprendía perfectamente.

Nuestros encuentros continuaron en los días siguientes. Me sentía cómodo charlando con él de cuestiones triviales. No se inmiscuyó en mis problemas, pero me daba su parecer cuando yo le planteé algunas de mis dudas. Una mañana no apareció. Pensé que habría enfermado. Afortunadamente no fue así pero me informaron de la muerte repentina de su hijo en un accidente de tráfico. Aquella luctuosa noticia me impresionó. Imaginé el enorme dolor que tendría el viejo pastor pese a saber que padre e hijo estaban, emocionalmente, muy separados. Una semana después lo vi, de nuevo, sentado en su piedra con una mano apoyada en el bastón y la otra sobre la pierna. La boina me impedía ver su cara. Me saludó desde lejos pero esta vez no me invitó a acompañarle. Supuse que preferiría estar a solas, junto a sus vacas y sus recuerdos.